

omitir algunas pinceladas que ofenden nuestro gusto para hacer de esta elegía mística lo que ella es en sí, esto es, una obra maestra de pasión y de poesía. Por lo demás, estas dos imitaciones están muy abreviadas en la presente edición.

XXII.—Pág. 76. El sepulcro de Leónidas.

Los huesos de Leónidas fueron traídos de las Termópilas cuarenta años después de la famosa batalla, y enterrados bajo el anfiteatro, detrás de la ciudadela, en Esparta. Yo he buscado por mucho tiempo este sepulcro con la obra de Pausanias en la mano, y solo he encontrado en este sitio seis grandes monumentos casi del todo arruinados, á los cuales preguntaba inútilmente sobre las cenizas del vencedor de los persas. Un silencio profundo reinaba en aquel desierto: la tierra estaba cubierta á grandísima distancia con los escombros de Lacedemonia, y yo andaba vagando de una en otra ruina, acompañado de un genizaro. Nosotros éramos los dos únicos vivientes que aparecían allí en medio de tantos ruinosos ilustres; ambos éramos bárbaros, y extraños uno á otro, tanto como lo éramos también para la Grecia: salidos de las selvas de las Galias, y de las rocas del Cáucaso, nos habíamos encontrado en el interior del Peloponeso, yo para pasar, y él para vivir sobre unos sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

XXIII.—Pág. 76. Cimodocea... no puede permanecer en la Grecia...

Así la separación de los dos esposos, y el viaje de Cimodocea á Jerusalén, están bastante fundados. Cimodocea es ya casi cristiana, y casi esposa de Eudoro; por otra parte los cristianos están próximos á ser juzgados. Se ve que en cada libro da un paso más la acción.

XXIV.—Pág. 76. Con un rayo.

«Transierunt omnia illa tanquam umbra et tanquam nuntius percurrans» (Sap., cap. V, v. 7)

LIBRO DECIMO QUINTO.

Este libro no tiene necesidad esencial de notas, fuera de estos dos puntos: 1.º Pisto era en efecto obispo de Atenas en la época de que hablo, y se halló en el concilio de Nicea; 2.º hay muchos anacronismos con respecto á Juliano y á los grandes hombres de la Iglesia, que yo represento en el jardín de Platon. He hecho en este libro algunas correcciones de estilo, he suprimido algunas frases, etc., etc. Reemplazaré las notas de este libro con un largo trozo de mi *Itinerario*, el cual servirá de comentario al viaje de Eudoro.

NOTA PRIMERA.—Pág. 77. Marchaba hacia Argos por el camino de la montaña...

De Esparta á Argos hay dos caminos el uno pasa por el valle de Tejeo, y el otro va atravesando las montañas que circuyen el golfo de Argos. Yo he seguido este último, y este es tan bien el que he hecho tomar á Eudoro. Antes de citar mi *Itinerario*, debo observar que Argos estaba ya casi arruinada en tiempo de Pausanias; y era tan pobre, en el reinado de Juliano el Apóstata, que no pudo contribuir á los gastos y restablecimiento de los juegos Istmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios, cuyo singular monumento literario hemos conservado entre las obras de este emperador (Epist. XXV.) Argos, patria del rey de los reyes, pasó á ser en la edad media la herencia de una viuda veneciana, y fue vendida por esta viuda á la república de Venecia en doscientos ducados de renta vitalicia, y quinientos pagados por una sola vez. Coronelli trae este contrato. Véase el paradero de la gloria!

*Itinerario*.—Desde las ruinas de Esparta parti para Argos sin volver á Misitra. Habíame despedido de Ibrahim Bey, y me separaba sin sentimiento de Lacedemonia; no obstante no podía dispensarme de aquella tristeza que se experimenta en presencia de una gran ruina, y cuando uno se separa de unos sitios que no volverá á ver jamás. El camino que va de la Laconia á la Argólida era en la antigüedad el mismo que es en el día, esto es, uno de los más ásperos y quebrados de la Grecia. Atravesamos el Eurotas á la entrada de la noche por el paraje mismo en que lo habíamos ya pasado viniendo de Tripolitza, y en seguida volviendo hacia levante, entramos por unas gargantas de montañas. Nosotros caminábamos con bastante rapidez por en medio de los preci-

picios y de las ramas de los árboles que nos obligaban á tendernos sobre el cuello de los caballos para no lastimarnos; no obstante esta precaución, me di tan fuerte golpe en la cabeza con una de estas ramas, que caí sin conocimiento á diez pasos de distancia; y como mi caballo seguía siempre su galope, no fue observada mi caída por los compañeros de viaje que iban delante de mí, hasta pasado algún tiempo: reparan estos mi falta, vienen a mí, y sus gritos me hicieron volver de mi desmayo.

«A la una de la madrugada llegamos á la cima de una montaña muy alta, en donde dejamos descansar nuestros caballos, y el frío que sentimos era tan vivo, que nos vimos forzados á encender fuego con el ramaje que por allí había. No sé que nombre pueda darse á este paraje tan poco célebre de la antigüedad, pero debíamos hallarnos cerca de las fuentes de Leno, en la cordillera del monte Eva, y poco distantes de Prasia, en el golfo de Argos.

«Llegamos á las dos de la mañana á un lugar bastante crecido llamado San Pedro, y muy cerca del mar, y vimos que no se hablaba allí mas que de un acontecimiento trágico que se apresuraron á contarnos.

«Una niña de aquel lugar perdió á sus padres, y encontrándose dueña de una pequeña fortuna, la enviaron sus parientes á Constantinopla, en donde permaneció hasta la edad de diez y ocho, en cuya época se volvió á su pueblo. Era hermosa; hablaba el turco, el italiano y el francés; y cuando pasaban algunos extranjeros por San-Pedro, los recibía con una urbanidad tal que los del pueblo llegaron á sospechar de su virtud. Los principales de aquellos aldeanos se juntaron, y después de haber examinado entre sí la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de una moza que les deshonraba el lugar. Para esto se proporcionaron la suma que está señalada en Turquía para el asesinato de una cristiana: y en seguida entraron durante la noche en la habitación de la joven, la asesinaron, y un hombre que esperaba la noticia de estar ya verificada la ejecución, fue á llevar al bajá el precio de la sangre. Lo que alarmaba á todos aquellos griegos de San-Pedro no era la atrocidad de la acción, sino la codicia del bajá; porque este, que encontraba también que la acción era bastante sencilla en sí, y que se allanaba á recibir la suma señalada por un asesinato ordinario, observaba no obstante que la hermosura, la juventud, la instrucción y los viajes de la huérfana le daban á él, como bajá de Morea, justos derechos para una indemnización. En consecuencia había enviado su señoría aquel día mismo á dos genizaros para exigir una nueva contribución al pueblo.

«Cambiamos de caballos en San-Pedro, y tomamos el camino de la antigua Cinusia. A eso de las tres de la tarde nos gritó el guía que íbamos á ser atacados: y en efecto, descubrimos á algunos hombres armados en la montaña, los cuales, después de habernos observado mucho tiempo, nos dejaron pasar tranquilos. Entramos en los montes Partenios, y bajamos hasta la orilla del río, cuya corriente nos condujo hasta el mar. Descubriase la ciudadela de Argos, Nauplia en frente de nosotros, y las montañas de la Corintia hacia la parte de Micénas.

«Desde el punto en que nos hallábamos, faltaban todavía tres días de marcha para llegar á Argos, y era menester ir costeando el golfo, y atravesar la laguna Lerna, que estaba entre la ciudad y el lugar en que nos hallábamos entonces; pero llegó la noche, el guía se equivocó de camino, nos perdimos entre unos arrozales que estaban inundados, y nos tuvimos por muy felices en poder esperar el día sobre un montón de estiércol de ovejas, que fue el sitio menos húmedo y sucio que pudimos encontrar.

«Yo tendría algún derecho para quejarme de Hércules, por no haber muerto bien la hidra de Lerna, pues cogí en aquel lugar mal sano unas calenturas de las que no me ví libre enteramente hasta que llegué á Egipto.

«Al amanecer me encontraba ya en Argos. El pueblo que reemplaza ahora á aquella célebre ciudad es mas limpio y frecuentado que la mayor parte de los otros lugares de la Morea. Su situación es muy hermosa, y se halla en lo fondo del golfo de Nauplia ó de Argos, á legua y media del mar. Tiene por una parte las montañas de Cinuria y de la Arcadia, y por otra parte las alturas de Trecena y de Epidauró.

«Pero sea que mi imaginación se hallase afligida con el recuerdo de las desgracias y de los furoros de los Pelópidas; sea que realmente estuviere yo penetrado de la verdad, las tierras me parecieron incultas y desiertas, y las montañas sombrías y desnudas; especie de naturaleza fecunda en grandes crímenes como en grandes virtudes. Visité allí los restos del palacio de Agamenon, los escombros del teatro y de un acueducto romano; subí á la ciudadela, y quería ver

hasta la menor piedra que había podido mover la mano del rey de los reyes.

«Quién puede alabarse de gozar de alguna gloria al lado de estas familias que han sido cantadas por Homero, por Esquilo, Sófoles, Eurípides y Racine? Y cuando uno vé cuán poco ha quedado de estas familias en aquellos parajes testigos de su grandeza y de su poder, es aun mayor el asombro.

«Dejé á la izquierda la selva de Nemea, y llegué á Corinto por una especie de llanura sembrada de montañas aisladas, y semejantes al Arco-Corinto, con el cual se confundían. Descubrimos esta montaña mucho tiempo antes de llegar á ella, como una mole irregular de granito rojo, y coronada su cima con una línea de paredes. La aldea de Corinto está al pié de esta ciudadela.

«Salimos de Corinto á las tres de la mañana. Hay dos caminos que van desde este pueblo á Megara: el uno atraviesa los montes Jeranios, por en medio del istmo, y el otro va costeando el mar Saronico, á lo largo de las rocas Esciro-nias; hay que tomar el primero para pasar la gran guardia turca que está colocada en las fronteras de la Morea. Detúveme en el sitio más estrecho del istmo para contemplar los dos mares, el paraje en que se hacían los juegos, y echar en fin la última mirada al Peloponeso.

«Entramos luego en los montes Jeranios, plantados de abetos, laureles y mirtos, y perdiendo de vista y volviendo á encontrar sucesivamente el mar Saronico y Corinto, llegamos á la cumbre de los montes. Bajamos á donde estaba la gran guardia, enseñé mi firman del bajá de Morea, y el comandante me convidó á fumar una pipa, y á tomar café en su barraca.

«Tres horas después llegamos á Megara, en donde no pregunté por la escuela de los Euclides; mas hubiera preferido descubrir allí los huesos de Focion, ó alguna estatua de Praxíteles y de Escopas; y mientras estaba pensando en que Virgilio, visitando también la Grecia, fue detenido en este sitio por la enfermedad de la cual murió, me vinieron á rogar fuese á visitar á una enferma.

«Los griegos, así como los turcos, suponen que todos los francos tienen conocimiento de medicina, y secretos particulares. La sencillez con que se dirigen á un extranjero en sus enfermedades, tiene algo de tierno y de interesante, y recuerda las antiguas costumbres: es propiamente una noble confianza del hombre para con el hombre. Los salvajes de América tienen el mismo uso. Yo creo que la religión y la humanidad mandan al viajero en este caso que se preste á lo que esperan de él: un aspecto tranquilo y algunas palabras consoladoras pueden algunas veces dar la vida á un moribundo, y hacer nacer la alegría en toda una familia.

«Vino, pues, un griego á buscarme para que viesse á su hija, y siguiéndole á su vivienda, encontré en ella á una pobre criatura echada en el suelo sobre una estera, y sepultada bajo unos harapos con los cuales la habían cubierto. Sacó ella su brazo con bastante repugnancia y pudor por debajo de aquellos comprobantes de la miseria, y lo dejó caer moribunda sobre lo que le servía de cubierta. Parecióme que estaba atacada de una fiebre pútrida, é hice descargar su cabeza de las picecitas de plata con que las aldeanas albanesas adornan sus cabellos, pues el peso de las trenzas y del metal concentraba el calor en el cerebro. Yo llevaba conmigo alcanfor para la peste, y lo parti con la enferma; díjéronme que la habían alimentado con uvas, y yo aprobé el régimen. Por último rogamos á *Christos* y á la *Panagia* (la Virgen), y les prometí una pronta curación, cosa que estaba yo muy lejos de esperar: he visto morir á tantos, que he adquirido en esto una regular experiencia.

«Al salir de la casa, encontré reunida á la puerta toda la gente del pueblo, y las mujeres se echaron sobre mí gritando: ¡*crasi!* ¡*crasi!* ¡vino! ¡vino! de manera que, obligándome á beber, me querían aquellas gentes manifestar su agradecimiento. Esto hacía mi papel de médico bastante ridículo; pero ¿qué importa, si he añadido en Megara otra persona mas á las que puedan desearme algún bien en las diferentes partes del mundo por donde he pasado? Es un privilegio del viajero el dejar tras sí gratos recuerdos y vivir en el corazón de un extranjero, frecuentemente ¡ah! mucho mas tiempo que en la memoria de sus amigos.

«Pasamos la noche en Megara, y no partimos hasta el día siguiente cerca de las dos de la tarde. Serían ya como las cinco cuando llegamos á una llanura rodeada de montañas hacia el Norte, Poniente y Mediodía; y un brazo de mar largo y estrecho (el estrecho de Salamina) bañaba esta llanura por la parte de Levante, y formaba como la cuerda del arco de las montañas; á la otra parte de este brazo de mar

se encuentran las playas de una isla elevada (Salamina), cuyo extremo oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, y entre las dos puntas se separa un estrecho paso. Como se nos acababa ya el día, resolví detenerme en una aldea (Eléusis) que veíamos sobre una alta colina, la cual terminaba al Poniente cerca del mar el círculo de montañas de que he hablado.

«Distinguiáanse en la llanura los restos de un acueducto y muchas ruinas esparcidas en medio de una cosecha recién segada; apeámonos al pié del montecillo, y trepamos aquella altura hasta la cabaña mas vecina, en donde nos hospedaron.

«Partimos de Eléusis al amanecer, dimos vuelta al canal de Salamina, y entramos en el desfiladero que pasa por entre el monte Icaro y el monte Coridaló, y va á desembocar á la llanura de Atenas, en el pequeño monte Pecilo. De repente descubrí el Acropolis, presentando en un conjunto confuso los capiteles de las Propileas, las columnas del Partenon y del templo de Erecto, las troneras de una muralla llena de cañones, los restos góticos del siglo de los duques y las casuchas de los musulmanes. Veíanse al Norte de la ciudadela dos pequeñas colinas: la Anquesme y Licabeto, y entre las últimas; y al pié de la primera, se hallaba situada Atenas. Sus techos aplastados y mezclados de minaretes, palmeras, ruinas y columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas en forma de canastos, hacían un efecto agradable á los rayos del sol saliente. Mas si todavía se podía reconocer á Atenas por la vista de algunas ruinas, se veía también por el conjunto de la arquitectura, y por el carácter general de los monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

«Un recinto de montañas que terminan en el mar, forman la llanura ó taza de Atenas. Desde el punto en que yo estaba observando esta llanura hasta el pequeño monte Pecilo, parecía dividida en tres fajas ó regiones, que se extendían en dirección paralela de Norte á Sur. La primera de estas regiones y la mas cercana á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, en el cual acababan de recoger la cosecha; y la tercera era un largo bosque de olivos que venía á formar una curva desde las fuentes del Iliso; y siguiendo el pié de la Anquesme, hasta cerca del puerto de Falero. El Cefiso corre por esta selva, que por su ancianidad, parece descender del olivo que Minerva hizo brotar de la tierra; y el Iliso tiene la madre seca al otro lado de Atenas, entre el monte Himeto y la ciudad.

«La llanura no está perfectamente plana, pues una pequeña cordillera de colinas que salen del monte Himeto, desigualan el nivel, y forman aquellas diferentes alturas sobre las cuales fue colocando Atenas sus preciosos monumentos.

«No es por lo regular en el primer momento de una conmoción muy viva cuando uno goza mas de sus sentimientos. Yo me iba acercando á Atenas con una especie de turbación que me quitaba el poder reflexionar. En breve atravesamos las dos primeras regiones, la inculta y la cultivada, y entramos en el olivar. Bajé por un momento á la madre del Cefiso que entonces iba sin agua, por que en esta estación la detienen los labradores para regar los olivos; y saliendo luego del bosque, nos encontramos con un jardín rodeado de paredes, que con corta diferencia ocupa el mismo sitio en que estuvo el Cerámico. Tardamos todavía media hora en llegar á Atenas; atravesamos un trigal recién segado, y nos vimos á los piés de un muro moderno que circuye la ciudad; entramos en ella, y fuimos siguiendo por unas calles pequeñas, campestres, frescas y aseadas. Cada casa tiene su jardín plantado de naranjos é higueras; el pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenía aquel aire envilecido y yerto de los moraitas. Pregunté por la casa de Mr. Fauvel, y nos la enseñaron cerca del pórtico de Adriano, en las inmediaciones del Pecilo y de la calle de las Tripodes.»

LIBRO DECIMO SESTO.

La cuestión concerniente al Politeísmo, á la religión natural y al Cristianismo es la mas trascendental de cuantas se pueden someter al juicio de los hombres; ella sola daría materia para llenar muchos volúmenes; y yo no podía destinar á ella mas que algunas páginas.

La escena está fundada en dos hechos históricos:  
1.º Es verdad que Diocleciano, deliberó durante todo